

Duelos depresivos y duelos reparatorios

*Saúl Paciuk**

Resumen

La teoría psicoanalítica acerca del duelo parece seguir dos modelos.

Uno considera al duelo como un trabajo de adaptación a la realidad, aceptando la pérdida del objeto y la posibilidad de reemplazarlo. Como por la ambivalencia es fuerte el compromiso del deudo con la muerte, el objeto perdido toma visos de perseguidor y la identificación con él daría cuenta de las salidas patológicas (depresión, melancolía)

El otro toma al duelo como proceso que integra formas normales y patológicas de duelo dentro del duelo “normal” y abre a la comprensión de la transformación del sujeto y de la recreación del objeto perdido. Esta ocurre por la integración de lo escindido, con el pasaje de la relación de objeto parcial a la relación de objeto total, una de las formas en que el otro es vislumbrado como alteridad, sobre la base de la reparación. En este proceso se articulan los éxtasis del tiempo: culpa por lo pasado, pena por el presente y esperanza por el futuro. Por lo que no habría “un” duelo, sino que cada deudo hace “su” duelo y duela según vivió la relación con el objeto perdido.

**Descriptorios: DUELO / DEPRESIÓN / NOSOLOGÍA / MELANCOLÍA /
POSICIÓN DEPRESIVA / POSICIÓN ESQUIZOPARANOIDE / REPARACIÓN
/ CULTURA**

* Miembro titular APU
Luis A. de Herrera 1042 ap. 708 CP 11300.

Se suele sostener que el hombre es el animal que sabe de la muerte. También que es el que puede negarla o bien hacer su experiencia, es decir, que enfrentado a la muerte de otro, un complejo proceso llamado duelo y cuya manifestación mas notoria es la afectiva, se enseñoorea de su vida por un cierto período, aunque deja marcas que persistirán. Se sostiene también que esta experiencia sería un atributo del humano que lo caracteriza entre las especies y que lo alejaría de los mamíferos que muestran signos de depresión circunstancial.

Aun más, se considera que esta peculiar relación con la muerte sería el signo del inicio de una cultura. Así para la antropología, son decisivos los testimonios de los ritos de funebria (evidencias sea de modificaciones del cuerpo, sea de hábitos de disposición del cadáver) para considerar que se está ante una forma cultural.

Énfasis y desvanecimiento

En el duelo se trata de los afectos y ellos –o al menos sus formas de expresión– tienen un valor comunicativo, por lo que están marcados por cada cultura y cada cultura condiciona la forma de darles contenido y de diferenciarlos, de reconocerles un lugar en el sistema de los nombres, de relacionarlos.

Esos afectos se vigorizan con el relacionamiento entre sujetos y se afirman con la urbanización. Por ella los sujetos se involucran fuertemente (hasta la identificación) unos en otros y con ello se fortifican los sentimientos en juego y a la vez los conflictos, sea en el ámbito restringido de la familia o en el ámbito social amplio. Dado el involucramiento mayor, son de esperar sentimientos de dolor junto al interrogarse por el “qué hice” frente a la muerte de otro, el cual arrastra la pregunta por el “qué hice” frente a su vida.

A pesar de todo ello, a lo largo de este siglo el duelo ha recorrido cursos contradictorios: por un lado es de apreciar el debilitamiento del duelo como experiencia; por otro, el aumento de los diagnósticos de depresión y del interés en el duelo como tema de investigación.

En el seno de la vida social y de la cultura actuales, la importancia del duelo y los signos que lo harían visible, lucen desvaídos y en disolución al compararlos con los que eran hábito hasta hace unas décadas y ello ha sido puesto en evidencia en especial por la obra de Aries.⁽³⁾ En conexión con ello, del momento actual se dice que presenta pérdida

o desdibujamiento de la significación de la alteridad y que está en auge un cierto individualismo que se apoya en un narcisismo afianzado.

Al mismo tiempo se constata que el lugar de las depresiones y las derivaciones del duelo cobran creciente relevancia desde el ángulo de la patología y de la clínica. En particular en el psicoanálisis, la importancia del duelo fue reafirmada y creció notablemente desde las formulaciones tempranas de Freud⁽⁹⁾ y en particular lo hizo a impulsos de las tesis expuestas por Melanie Klein.⁽¹¹⁾ Esta autora coloca al duelo en el centro de su comprensión y a la vez encuentra analogías entre el duelo y otras situaciones no tan excepcionales como suele serlo la muerte de una persona. Por esa vía Klein renueva los lazos entre duelo y cotidianeidad. Además, recientemente el duelo ha sido objeto de un amplio estudio por parte de Jean Allouch.⁽²⁾

Lo “normal” del duelo

El nombre “duelo” se aplica tanto a un estado anímico peculiar, como a un proceso psíquico normal o patológico, como a una de las ceremonias de la vida en la que se cursa un determinado ritual social. El duelo social consiste en conductas típicas vigentes en un grupo (es lo que “se” hace) a las que los sujetos se suelen plegar.

El duelo nunca deja de ser una experiencia inédita capaz de poner al sujeto en una situación de compromiso afectivo, pero por otro lado el aporte social aquí se vuelve particularmente importante. La sociedad provee de un repertorio de ritos fúnebres y el sujeto se pliega a ellos o entrega a quienes los conocen, para de ese modo ordenar sus sentimientos y su conducta; la vive o intenta vivir la situación al modo del “se”, o bien se vale de la ocasión para rebelarse contra las prácticas sociales o familiares y desafía al rito, continuando un conflicto con el muerto (con lo que el representaba o supuestamente debía querer) o con quienes continúan vivos y comunicados con el muerto. Cabe diferenciar los duelos sociales de los psicológicos, puesto que puede existir uno sin que tenga lugar el otro o pueden no corresponderse los contenidos y las intensidades de ambos (fuerte afectación en uno e indiferencia en el otro).

En tanto estado anímico, el duelo se corresponde con la distimia o la depresión. En tanto proceso psicológico, el duelo es definido por el “Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales”⁽⁷⁾ (en adelante: DSM) como “una reacción normal a una pérdida afectiva” (p. 262), pérdida a la que en otro lugar llama “muerte de un ser querido” (p. 434). El DSM y muchos otros textos técnicos hablan de “duelo no complicado” y “normal”, quizá porque parece ir de suyo que el sufrimiento que implica es “natural” y que remitirá naturalmente, esto es, espontáneamente, por lo que no cabe

intervenir. En este sentido, la sabiduría popular sostiene que el tiempo es aquí la mejor medicina. Esta falta de interés llega al punto que ni el “Vocabulaire” de Laplanche y Pontalis⁽¹⁹⁾ ni otros lo registran como entrada.

Por cierto que no produce extrañeza que el término “duelo” no integre el lenguaje técnico y quede confinado al lenguaje común y tampoco sorprende que el cambio en las costumbres vaya en la dirección del desvanecimiento del duelo. En consecuencia tampoco sorprende que se acepte sin más que se lo considere un fenómeno normal, a pesar de ser una experiencia fuertemente conmovedora. Tanto lo es que habría que decir que lo de “normal” aplicado al duelo vale en tanto no se refiera a su dinámica o a su contenido, sino a un valor estadístico, en cuyo caso se estaría diciendo que es una experiencia *normal por habitual*, por la que la mayoría suele pasar.

Si bien todo conduce al “olvido del duelo”, ello no basta para clausurar las interrogantes. Decir que el duelo es normal por natural, supone a su vez que la muerte que está en su origen también es natural. Sin embargo se suele luchar contra ella o se la provoca, y su ocurrencia pocas veces es aceptada sin protesta, como si en los hechos ella no fuera tenida por tan natural. Es que más allá de lo declarativo, en lo vivido, la muerte ajena (y quizá también la propia) para nada es tomada como natural y el duelo es la prueba más evidente. Es que ni la muerte ni el duelo son naturales porque entre humanos, la vida tampoco lo es, sino que ella se despliega en un marco de conflictos.

Si estamos ante un aumento de las involuciones entre sujetos y ante un simultáneo debilitamiento de las expresiones del duelo y un aumento de las depresiones, corresponde que nos preguntemos por este curso que bien puede responder a dificultades cuya raíz podemos buscar en la naturaleza propia del duelo y que estarían enmascaradas por el recurso a su carácter de “normal” o al cambio producido en las costumbres.

Semántica y clasificaciones

Con la expresión “duelo” se nombra la experiencia del doliente o deudo y su definición varía en algo según los textos y los contextos. Se lo considera como una expresión reactiva, en el sentido de que aparece motivado por el acontecimiento de una muerte. La muerte de una persona, dicen, sobriamente, los diccionarios ingleses; la muerte o la pérdida de un ser querido, dicen los castellanos. En el ámbito psicoanalítico se entiende que tal expresión dolorosa puede ser originada además por una pérdida de cosas, por

desengaños, por desilusiones y por pérdida de valores o caída de ideales, e incluso (sobre todo con Melanie Klein) por separaciones.

Esta ampliación de las experiencias que caben bajo el término duelo tiene su base en que no es el hecho de la muerte lo que habrá de motivar el duelo, sino su sentido, el cómo ese hecho tiñe la vida del sujeto. Se trata de las fantasías personales que son función de cómo se inscribe en una vida determinada. (Obsérvese que las fantasías están presentes ya en las palabras: son frecuentes las referencias a la muerte como “pérdida”, del muerto se dice que “se fue”, etc.). Será pues a las fantasías, al cómo es vivido el suceso, a lo que haremos referencia en buena parte de lo que sigue.

La generalización del duelo tiene dos aspectos. Por un lado la analogía enriquece su comprensión y coloca al duelo en una perspectiva que afianza su vínculo con lo cotidiano. Pero por otro lado arriesga hacer perder a la muerte de otro su carácter de situación impar y es así que mientras una separación es intrínsecamente reversible (el análisis del juego del foro-da es un ejemplo), lo radicalmente propio de la muerte es que no lo es.

Para el DSM⁽⁷⁾ (p. 434) “Ante una pérdida así (la de un ser querido), la reacción normal es, con frecuencia, un síndrome depresivo típico, con sentimientos depresivos y síntomas asociados” señalando que es menos frecuente la mórbida preocupación de que nada vale la pena y la inhibición conductual, señales de una depresión mayor. Agrega que “los sentimientos o ideas de culpa, cuando están presentes, suelen centrarse en lo que el superviviente podría haber hecho o en lo que no hizo en el momento de ocurrir la muerte; las ideas de muerte se limitan por lo general a pensamientos en torno al deseo de haber muerto en lugar de la persona perdida o desaparecer junto con ella.”

Las señales del duelo ocurren en los planos de afecto y de la conducta, sin embargo se privilegia al primero y se lo ubica en el campo de las distimias. El ánimo es definido por el DSM⁽⁷⁾ como “Emoción profunda y sostenida que, en su grado extremo, condiciona la percepción que el sujeto tiene del mundo” En cuanto al estado de ánimo distímico, es el “estado de ánimo displacentero (como sería el caso de la depresión, la ansiedad o la irritabilidad)” (p. 475).

De acuerdo con la etimología, el dolor sería lo mas propio del duelo, nombre que nace en latín como *dolus*, derivado a su vez de *dolere*, sufrir; nombra también las ropas que se usan así como al período en que se marca esa aflicción con señales y conductas. Luto en español se usa como sinónimo de duelo, se origina en el latín *luctus*, derivado de *lugere*, llorar, lamentarse, que da lugar a luctuoso y lúgubre.⁽⁵⁾

En el duelo se describen los afectos de culpa, pena, tristeza, en fin, los propios de la depresión. En algunos casos el dolor moral se acompaña por acusaciones por faltas imaginarias, autoacusaciones y culpabilidad que pueden lindar con lo delirante.⁽⁸⁾ Pero también el duelo supone aislamiento y desinterés por el mundo, el pesimismo, la apatía por la muerte, el abatimiento, la tendencia a la quietud y el rechazo de los estímulos, es decir, una **amortiguación** de la vida del doliente y una cierta **mortificación** que hacen que parezca mimetizarse con el muerto. Esto fue advertido por Freud⁽⁹⁾ y se valió de ello para señalar que el deudo se ve ante una alternativa: seguir los pasos del muerto o reencauzarse en la vida.

El deudo es quien vive el duelo, deudo es un nombre vecino del que se da a quien tiene una obligación pendiente, una deuda, y se ubica en el plano de la moral. Pero ¿de quién es la deuda?, ¿quién debe a quién? Hay aquí una ambigüedad, el deudo tendría una deuda con el muerto que ha perdido la vida, sin embargo se le da el pésame al deudo porque sufrió una pérdida, en cuyo caso la deuda sería del muerto que con su muerte le ocasionó la pérdida que aqueja al vivo.

Lo querido y lo perdido

Dejemos de lado por un momento lo relativo a la “pérdida” que está en el origen del duelo y notemos que la referencia al “ser querido” ofrece diversas imprecisiones y que no hay respuestas unívocas a la pregunta acerca de qué es “querer” o qué es un “ser”.

Supongamos que querer equivale a amar. La relación con un ser querido perdido muy bien pudo haber sido una relación compleja que tuvo el aire del conflicto, por mas firme que haya sido el afecto amoroso que unió al muerto y al deudo. No es éste un problema que plantea el querer, sino que los afectos son ambiguos y además, en algunos casos, ambivalentes, cualidad que Freud destaca como especialmente marcada en el caso de la melancolía. De modo que el ser perdido querido, ha sido también odiado.

En cuanto al “ser” que es querido, el término no pertenece al lenguaje psicoanalítico y en psicoanálisis, aquello a lo que se dirigen los sentimientos, apetencias o pulsiones en busca de realizar o satisfacer sus fines, es llamado “objeto”.

En este punto se plantea una bifurcación que es origen de frecuentes confusiones. “Ser querido” apunta a lo que corrientemente se llama una persona (que nombra una especie de totalidad mítica, inabarcable, recortada por la palabra) pero que más bien debe verse como nombrando lo que corresponde llamar *alteridad*. Pero en las relaciones concretas, esa alteridad es llamada a intervenir con solo una parte de si; la parte que

interesa a la moción en juego, al impulso de otra persona –un sujeto decimos– que *mueve, motiva* (ya solo por investirla, por ejemplo) a la primera a satisfacer un fin del sujeto. El objeto pasa a ser identificado por el sujeto en función de esa *parte* y sus demás rasgos son activamente “ignorados” por el último y mantenidos *a-parte*, quedando o bien como en reserva o bien siendo adjudicados (proyectados) en otro sujeto. Por ello decimos que el sujeto configura al objeto y lo hace por escisión, proyección y también por identificación proyectiva.⁽¹⁹⁾ Esto escindido y mantenido *a-parte* instaura una tensión peculiar en la relación de la que hablaremos luego.

Algo similar ocurre con el sujeto, quien tal como el objeto, es también parcial en la relación respecto del conjunto de su persona e interviene en la relación manifestando solo una parte de sí, la pertinente a la modalidad de la relación en curso. El amo solo se interesa por una parte del ser del esclavo, la que le sirve, pero a la vez en la relación con el esclavo solo puede poner en juego la parte de sí que corresponde a ser amo.

Esa escisión solo se hace evidente desde la perspectiva del momento de su superación; aparece la parcialidad del tenido como objeto solo ante la evidencia de que se trata de alguien más amplio, cuando se hace forzoso incorporar al objeto lo tenido *a-parte*. El objeto aparece entonces como total; pero debe tenerse en cuenta que no es total por alcanzar una marca establecida por alguna legalidad, sino que es total por aparecer al término de una escisión previa por la subsecuente integración. Es decir, se trata de una síntesis y ella no deja de ser provisoria, realizada a cuenta de futuras integraciones posibles por escisiones que no son evidentes en un momento de la relación.

Articulaciones: diferencia y continuidad

La *distimia* presenta varios cuadros (se habla de depresión, duelo, melancolía y otros, como de cuadros diferentes) que han sido relacionados entre sí ya desde Freud, quien, según el. “*Vocabulaire*”,⁽¹⁹⁾ mostró “la graduación existente entre el duelo normal, los duelos patológicos y la melancolía”. La diferenciación lleva a hablar de normal y patológico sobre la base de la forma cómo se procesa el duelo o la depresión, si tiende a una cristalización o si evoluciona hacia una salida del cuadro.

Ahora bien, ¿cómo articular esas diferencias? Veamos algunos de los criterios usados.

Estructura y crisis

Las diferencias podrían ser articuladas desde el lado de la duración o estabilidad de los trastornos. En un trabajo reciente, Sélika Acevedo⁽¹⁾ habla de estructura y crisis depresivas. La estructura refiere a una “organización básica, preexistente, el fondo permanente de los estados de ánimo depresivos.”, lo cual quizá pueda ser analogado al temperamento. En tanto las crisis “siguen a la pérdida del objeto.”

El ánimo depresivo puede predominar en una porción de vida y ser su organizador y podría diferenciarse de la depresión que forma parte del duelo “normal” por las fluctuaciones que presenta este último y porque es dable esperar que tenga un determinado curso que, como una historia, conoce un origen y se encamina a un cierto desenlace.

Pero a su vez la distimia establecida como estado puede ser entendida como si se tratara de un duelo cristalizado, con un objeto perdido momificado y una modalidad de relación también momificada.

Es decir, en las formas que toman las distimias puede verse o una diferencia de naturaleza que está mas allá de las semejanzas clínicas, o bien una continuidad basada en la hipótesis de que ellas pueden seguir –o no– un determinado curso.

Un curso: fases

En este sentido, por ejemplo, Bowlby⁽⁴⁾ llama duelo a los “procesos psicológicos que son puestos en marcha por la pérdida de un objeto amado que comúnmente conducen al abandono del objeto”.

A partir de concebir que un acontecimiento sigue un curso, es común que se definir en él etapas que pauten ese curso. Así por ejemplo, Rycroft encuentra en el duelo en tres etapas. La primera es de negación de la muerte o protesta, el doliente se siente incrédulo ante lo que ha pasado, rechaza la idea de que pudo haber ocurrido la muerte o la pérdida; experimenta enojo y se censura a si mismo y a veces al muerto. Le sigue un estadio de resignación, aceptación o desesperanza en la que se admite la realidad de la pérdida, en un marco de tristeza. Por ultimo se produce el desligamiento, el desinvertimiento: el sujeto renuncia al objeto, se despega y se adapta a la vida sin él, pudiendo ligarse con otro objeto.⁽¹⁹⁾

Un trabajo

Freud⁽⁹⁾ marcó hitos en este curso y señaló que su contenido era la realización de lo que llamó *trabajo de duelo*. Tradicionalmente se pensó que el duelo sufría una progresiva atenuación y que ella iba de suyo, por lo que la introducción del concepto de trabajo representa un aporte renovador. Para Laplanche y Pontalis,⁽¹⁹⁾ la noción de trabajo se relaciona con la de *elaboración psíquica* que aparece ya en los primeros aportes de Freud.

Decir que se trata de un trabajo supone que requiere al sujeto como actor y que los posibles fracasos llevarían a duelos patológicos. Este trabajo interior al sujeto se corresponde con una disminución de interés por el mundo, como si toda su energía psíquica fuera concentrada por la pérdida y por el dolor que la acompaña. El problema para el sujeto es entonces que el objeto sobrevive su muerte, contra lo que dice la realidad. La sobrevivencia tiene lugar tanto en el mundo interno como en el externo (el doliente espera en cada rincón hallar al muerto, o señales de que no ha muerto, como si no aceptara su muerte, en tanto internamente el objeto sigue estando vivo y presente para el sujeto).

Se trata para el sujeto de soportar el dolor por reconocer la muerte, de abandonar los lazos con el objeto tomando nota de una especie de mandato de la realidad. Es peculiar lo que dice Freud acerca de cómo se encamina el trabajo: el yo se ve obligado a decidir entre seguir los pasos del muerto o tomando en cuenta las satisfacciones narcisísticas que le quedan por vivir y optando por la vida, romper su unión con el objeto desaparecido. A partir de lo cual estaría en disposición de buscar un objeto que sea capaz de sustituir al muerto en cuanto objeto de sus investimentos libidinales. Recordemos el *fort-da*, que es quizá el primer ejemplo de esta reversibilidad.

Para Freud se constituye un par en el sistema de objetos, entre el objeto perdido y el objeto sustituto. Quedaría por ver la diferencia entre esta sustitución y una trivial negación de la muerte del objeto, pero debe observarse que no se trata de un reencuentro con la persona perdida ni con un calco de ella, sino con un objeto que a su modo y con sus peculiaridades, habrá de satisfacer la pulsión que antes satisfacía el objeto perdido.

Unidad y diversidad

Al tiempo que tiene lugar este movimiento teórico diferenciador, se advierte otro unificador. Así melancolía es un término cuyo empleo tiende a restringirse y su uso es sustituido por el de “depresión melancólica” cuando no se la llama simplemente

“depresión”, sobre todo cuando se considera la variante endógena de esta última, por oposición a la exógena o reactiva.

Algo semejante ocurre con las denominaciones. “Depresión” se utiliza tanto para nombrar un afecto o un estado de ánimo genérico, como para un cuadro específico. En el primer caso, depresión es el nombre del afecto característico del duelo y también de numerosas situaciones de la vida corriente. En relación a la propuesta kleiniana, por una analogación impropia y apresurada, durante mucho tiempo se ha llamó depresión a lo que correspondería llamar posición depresiva. Además lo que la propia Klein llamó posición depresiva varió en el curso de una década, desde sus trabajos de 1934 a 1945; en la primera descripción⁽¹⁰⁾ predominan los aspectos agresivos como el sadismo y la persecución, en la segunda⁽¹¹⁾ nombra como posición depresiva una organización relacional caracterizada por la pena, la culpa y, sobre todo, la reparación.

El resultado de este visible desacuerdo entre los autores es la confusión para los lectores.

¿Cómo articular entonces esta diversidad de distimias? Pero ¿hasta dónde puede hablarse de diversidad? De la existencia de diferencias en las descripciones no puede deducirse la existencia de diversidad en su naturaleza. Menos aun si cabe, por ejemplo, la posibilidad de establecer una continuidad que sistematice y reúna la diversidad.

Y en efecto, autores como Rycroft consideran que la depresión y la melancolía son ambas formas patológicas del duelo, apuntando claramente a la unidad de las tres.⁽¹⁹⁾ Es que las formas de la distimia presentan un fuerte denominador común: el tono afectivo y que sea motivo es la pérdida de un objeto querido. Esta comunidad es recogida por el DMS, donde figura un gran capítulo nombrado como “Trastornos del estado de ánimo”, clasificados en bipolares y depresivos y entre éstos están la depresión mayor y la distimia, señalando que ambos pueden coincidir. A la vez en la depresión mayor esta obra incluye los episodios de tipo melancólico. También insiste en que “los límites entre la distimia y la depresión mayor no están claros, especialmente en niños y adolescentes”.⁽⁷⁾

Esta familiaridad aparece también cuando el mismo DMS considera las psicosis no orgánicas de tipo depresivo, o psicosis reactiva depresiva, de las que dice que son provocadas “por una tensión emocional entristecedora, tal como la pérdida de un ser querido o una grave decepción o frustración”.

La postulada unidad tendría, según lo planteado hasta aquí, un fundamento fenoménico, pero también puede hablarse un proceso que integra las varias formas de las distimias y establece formas de continuidad entre ellas, constituyendo una “enfermedad única”.

Un proceso: posiciones

Lo anterior nos lleva a considerar las relaciones internas entre las modalidades de duelo y a entender el duelo como proceso integrado por momentos.

Los momentos deben diferenciarse de las fases o etapas propias de un desarrollo. Se trata de organizaciones (de relaciones de objeto) peculiares, que en su despliegue pueden dar lugar a otras que las reemplazan, pero este reemplazo es peculiar. En la nueva organización la anterior no queda únicamente como previa, en un marco temporal, sino que la nueva cobra sentido por superar a la anterior y la supera integrándola y ello hace que la anterior quede como el antecedente que es la fuente de sentido a la nueva. De allí que la organización nueva solo pueda entenderse a si misma como desarrollo de aquella anterior, como la que des-encubre lo que la organización primera mantenía encubierto. De allí que surja como rectificación de la anterior y esto anterior integre lo posterior y ambas sean momentos de un único proceso.

La teoría de las posiciones formulada por Melanie Klein⁽¹²⁾ es un ejemplo de este pensamiento en el campo del psicoanálisis. La posición no es un estado, algo en lo que se está. El sujeto no está sino que es actor, lo que hace es tomar posición, tomar partido en la organización del campo de su peripecia. El cómo se organiza este campo puede ser comprendido en los dos grandes modelos propuestos por Melanie Klein, el esquizo paranoide y el depresivo, modelos de relación de objeto (relación con el otro en definitiva), los que su vez se articulan como momentos de un proceso relacional en el que se constituyen tanto el sujeto como el objeto. Ambas posiciones son modelos teóricos y en el interjuego de ambas pueden quedar comprendidas las diferentes instancias que pautan una vida.

A la luz de las posiciones, las varias modalidades de la distimia responden a formas de relación de objeto, por lo que es posible hablar de duelos esquizo paranoides y de duelos depresivos.

Las evidencias de tal vinculación motivaron un trabajo tan rico en ideas y esclarecedor como poco frecuentado, en el que Koolhaas hace una distinción

fundamental entre melancolía y lo que allí llamó depresión (nombre que en ese tiempo refería a la posición depresiva). Koolhaas muestra que: *“La queja y la culpa que el melancólico exterioriza no son expresiones de la angustia depresiva. (...) El depresivo reconoce el valor al reconocer la pérdida. En el penar reconoce lo que vale la pena de ser reparado”*. Para terminar: *“Concluyendo: la diferencia entre depresión y melancolía es la diferencia entre gratitud y envidia. La gratitud es el fundamento de la integración depresiva, la envidia el origen de la disociación psicótica de la cual la melancolía es una forma”*.⁽¹³⁾

Desde este punto de vista, la melancolía y la depresión y la posibilidad del llamado “duelo normal” ocurrirían como momentos de toda relación en que la “pérdida” de un objeto entra en la vida de un sujeto.

Los duelos esquizo paranoides

Las definiciones del duelo lo vinculan básicamente con lo que se llama la pérdida, sobre todo bajo la forma de la muerte de un objeto calificado como “ser querido”.

Lo que caracteriza al objeto perdido evidencia que es un objeto interno y no “la persona” real, tal como ella puede haber sido para otros. La relación con este objeto transcurre en un marco de duplicidades y por un lado el sujeto se siente necesitado del objeto, por otro lado y por necesitarlo, sus sentimientos son hostiles. Esta ambivalencia habla de un marco esquizo paranoide, el que caracteriza la pérdida del objeto como antes caracterizó la vida con el objeto. En otros términos, **se duela como se vivió**.

El considerar que se está ante una pérdida se inicia con el entenderse el sujeto como abandonado, separado y privado, prematura o inesperadamente, y siempre contra su voluntad o deseo, de los bienes o valores que el objeto significaba para él. Lo que la definición del duelo hace esperable, es que esa pérdida motive en el sujeto depresión o dolor.

Pero el hablar de una pérdida también abre el camino a que el sujeto se considere dañado o perjudicado por tal pérdida e identifique a quien le provoca ese daño como un perseguidor y a si mismo como víctima; o bien que considere la pérdida como un triunfo sobre el objeto, o bien que solo la considere como un suceso natural que lo deja indiferente. De cualquiera de estas formas queda desterrado todo dolor, es decir, serían formas de negación del duelo.

En efecto, no es una sorpresa para nadie hallar que ante una muerte o pérdida se instale una atmósfera de reproches, de queja, y en no pocas ocasiones, también de querrela (a los médicos tratantes, por ejemplo). De todo ello son ejemplos la lista de los daños sufridos por el sujeto, las demandas contra los servicios médicos y los exagerados autorreproches que en algunos casos formulan los deudos.

Es decir, la persecución ocupa el lugar del dolor y el sujeto ocupa el lugar del objeto y a la vez lucha (identificación proyectiva mediante) para lograr que otro objeto tome el lugar del objeto perdido y en definitiva acusado. Este momento del duelo finalmente es duelo del sujeto por si mismo y las costumbres facilitan que el sujeto tome el lugar del muerto, de quien debe ser el compadecido (deudo).

En este fondo pueden inscribirse las formas melancólicas y las depresivas que, finalmente, no serían sino duelos esquizo paranoides. En este sentido, cuando Sélíka Acevedo caracteriza las elecciones de objeto en lo que llama la estructura depresiva, la

descripción que hace de ellas las emparenta fuertemente con la conceptualización kleiniana y así, por ejemplo, señala que “lo que caracteriza la estructura depresiva son los clivajes correspondientes del objeto y del self que condicionan divisiones en el funcionamiento”.⁽¹⁾

Puede entenderse entonces que entre las varias distimias, las de la depresión melancólica y la de la depresión del duelo “normal” marcada por la tristeza y la pena, hay la misma distancia que entre posición esquizo paranoide y la depresiva y que ellas forman parte de un sistema que las integra en una unidad.

Melancolía

Freud relacionó la melancolía y el duelo y sostuvo que mientras el segundo muestra dolor ante las evidencias de la pérdida, en la melancolía aparecería una mayor complejidad, con identificaciones del sujeto con el objeto perdido y sentimientos también complejos tales como agresión hacia el objeto disfrazada como autoagresión del sujeto.

Lo central sería entonces la identificación con el objeto vivido en tanto objeto perseguidor, de modo que en la melancolía el sujeto está en ambos lugares, es el objeto del castigo y es el que castiga implacablemente con sus auto inculpaciones y auto denigraciones. La pérdida del objeto elude así la posibilidad de des-encubrir esa involucración, el sujeto toma decididamente partido y no hay permeabilidad alguna hacia la relación real que está escindida, vive en el ámbito de la relación fantaseada en la que el objeto ha sido un perseguidor y la relación se cristaliza en esos términos.

Lo que ha perdido el sujeto es ese amparo de un telón que escondía su agresión al objeto. Manteniendo que es un perseguido, el sujeto espera poner un freno a la temida posibilidad de la venganza del objeto, pero por si mismo el sujeto ejecuta luego esa venganza en la melancolía. Si bien ella toma la apariencia de una venganza sobre el objeto, en definitiva hace real lo que el sujeto esperaba y temía que el objeto le hiciera si no lo frenaba. Es decir, lo escindido del objeto no es ya su vida propia, sus valores, el ser independiente del sujeto, sino su venganza efectiva y realizada sobre el sujeto.

La pérdida del objeto motiva también otra forma de consecuencia de la ambivalencia frente al objeto perdido, expresada en la paralizadora cuerda obsesiva desde que la ocasión de la muerte de otro estimula la puesta en marcha de un ritual particular, propio

de cada sujeto y es así que las fechas o las palabras o los números son ritualizados y escrutados como portadores de variados mensajes.

Episodio maníaco

En este contexto, los episodios maníacos en tanto variante de las distimias, aparecen asociados a los depresivos. El DSM los define como un ánimo eufórico (con autoestima excesiva o grandiosidad), expansible, lábil: tan pronto e insólitamente optimista y falto de autocrítica, con cualidad contagiosa para los demás, como es irritable (lo que da lugar a quejas y reproches) sobre todo cuando se contraría al sujeto, quien además está inclinado a exponerse a daños o hacerlos sufrir a otros.⁽⁷⁾

La negación que le es propia escinde y aleja todo dolor por la pérdida del objeto y en su lugar se instala la denigración y el triunfo sobre el objeto, que ha perdido todo valor. De este modo no queda resquicio por el cual pueda reconocerse que la pérdida del objeto haya significado alguna forma de fuente de dolor para el sujeto.

Quizá deba verse una negación al duelo en ciertas formas “objetivas” de reacción a la pérdida de un objeto en las cuales el sujeto presenta ostensiblemente la pérdida meramente como un hecho real: se trata del cumplimiento de un destino, o de un ciclo vital, de lo inevitable. Allí aparecerían como negadas las formas en que pérdida implica al sujeto.

Depresión

El DSM caracteriza la depresión mayor como “un estado de ánimo deprimido o pérdida de placer o interés en casi todas las actividades”, en el que se manifiestan sentimientos “malestar, desesperanza y desánimo, como si estuviese en un pozo”. Para el sujeto “ya nada importa” o siente “una dolorosa incapacidad para experimentar placer”. Finalmente “El sentimiento de inutilidad oscila desde los sentimientos de incapacidad hasta la evaluación irreal y negativa de la propia dignidad. El sujeto exagera sus fracasos y se reprocha a si mismo los pequeños errores, buscando en su entorno motivos que le confirmen su negativa autoevaluación” (...). El sentimiento de inutilidad o culpa puede tener proporciones delirantes.” y “con frecuencia, existe la convicción de que tanto el paciente como los demás, estarían mejor muertos”.⁽⁷⁾

El sustento de la depresión sería una relación de objeto idealizada, en que un objeto ideal es objeto de una relación ideal por parte de un sujeto ideal, o mejor dicho, una parte escindida del otro es tomada como objeto ideal por una parte del sujeto, un yo ideal, en el marco de una relación que por parcial puede ser tenida por ideal. Lo ideal en todos estos casos se asienta en las escisiones, por un lado escisión en el sujeto, que deja de lado toda otra vida en beneficio de la que dedica a la relación con el objeto; por otro lado escisión en el objeto, de quien el sujeto espera reciprocidad bajo la forma de constantes pruebas de que privilegia al sujeto, sujeto que es un adorador tan completo y que se ofrece como tan entregado y dócil objeto parcial del objeto, privilegiándolo y en apariencia renunciando a toda relación con otros.

La pérdida de este objeto o de esta relación privilegiada, supone una pérdida de sustento para la idealidad del yo, quien entonces pasa al lugar de los excluidos de esa idealidad, pasa al lugar de los que carecen de todo valor. Estaríamos ante una implosión del yo, por lo cual a menudo se considera que la depresión está asociada a lesiones narcisísticas, a una pérdida de la autoestima en la cual puede verse un duelo persecutorio por el yo ideal.

No es extraño entonces que ese yo del sujeto quede colapsado y expuesto a las mortificaciones (rabias, envidias) a las que el sujeto, dada su unión ideal con lo idealizado, fantaseaba haber expuesto a los privados de ese privilegio que lo distinguía. En esas condiciones, el sujeto querría morir, querer que enfatiza su tono acusatorio derivado de la faceta melancólica, pues muriendo rechaza esta vida que no quiere y que es la que, en su fantasía, es la vida a la que anteriormente había condenado a los demás.

De modo que en los duelos esquizo paranoides (melancólicos, depresivos) se trata más bien de la culpa que denuncia, de la queja paranoide, melancólica o depresiva, paralizada en el inventario de lo sufrido –por el sujeto o por el objeto, tanto da– y en definitiva no es sino la depresión en el sentido de presión hacia abajo que uno ejerce sobre el otro exigiendo una expiación sin fin. Esta culpa, ¿cuánto se diferencia del regodeo melancólico que eterniza las cosas tal cual están y que se instala en el umbral de la culpa persecutoria?

Duelo y posición depresiva

Para Freud el duelo tiene un carácter puntual, se desencadena por la pérdida de un objeto y lo entiende como el trabajo de recomposición subsiguiente. El proceso del

duelo para Freud va de la pérdida al desinvertimiento del objeto y al reinvertimiento de otro objeto; cambiando de persona, busca al mismo objeto. Las identificaciones ocurren o bien en el duelo normal (el sujeto se ve llevado a seguir el destino del muerto y a abandonar él también la vida) o se identifica con el objeto en tanto muerto en la forma melancólica de duelo.

En cambio Klein aprecia en el duelo lo que tiene de proceso que conmociona toda la vida del sujeto, sosteniendo que no se trata de admitir la pérdida, sino de hacer lugar a la pregunta por la vida del objeto y por la involucración del sujeto en ella, es decir, por la vida del sujeto entonces. Ello abre a la revisión de toda la relación entre sujeto y objeto, un re-conocimiento del objeto y del propio sujeto con la identificación del sujeto tanto con lo mortificado como con lo vivo del objeto. Es decir, un proceso en el que ambos, sujeto y objeto, se modifican.

El punto crucial lo representa el momento en el que es posible que el sujeto abandone la certidumbre esquizo paranoide y tolere la tensión que nace de la incertidumbre derivada de que el objeto aparezca como teniendo a la vez, lo bueno y lo malo, sin desplazar una de las figuraciones y sin ser convertido por ello en lo ideal o en lo persecutorio o denigrado.

Por esta vía el yo se des-encubre involucrado en la mortificación del objeto, la que no se refiere a daños concretos y enumerables, sino que ella está ya en el haber esperado que su vida se redujera a ser puntualmente el objeto que el sujeto necesitaba (funcionario, que cumple la función que le ha asignado en el cuadro de la vida del sujeto, eliminado en el otro toda otra vida posible o apetencia propia).

El sujeto pena y se duele por la vida que el objeto no vivió, lo que el objeto perdió, que es tanto la vida que no vivió a partir de que murió y la vida que en vida no pudo vivir porque el sujeto se lo impidió, o no le alentó o no le consintió vivir. A la luz de estos sentimientos, en la posición esquizo paranoide la vida del objeto fue la de un vivo-muerto inmortal.⁽¹⁹⁾ La evidencia de la escisión es fuente de dolor, pena, tristeza y se une al des-encubrimiento de la propia capacidad de daño y de la condición mortal, o para decirlo en palabras de Sélíka Acevedo, “La pérdida del objeto necesario para la vida mental remite al enfrentamiento con la falta de plenitud y la propia finitud”.⁽¹⁾

El sujeto pasa de ser quien debe cuidarse del objeto, a ser aquél de quien el objeto debería cuidarse y el objeto es quien debe ser cuidado por el sujeto. Este cuidado va tanto por el lado de proteger al objeto, como por buscar su vivificación, directamente en el objeto o en otros que lo simbolizan. Y uno de los que pueden simbolizar al objeto

dañado es el propio sujeto, a través de la identificación con el objeto que puede llevar a dar vida (encarnando él mismo) a las continuidades con el objeto que estaban escindidas (gustos, ideas, posturas, gestos, hasta ropa).

Esto implica una nueva forma de unión con el objeto y a la asunción del objeto muerto en tanto perdido y la unión con el objeto en tanto lo vivo de él que perdura. Con ello ambos se modifican y la reparación que ocurre comprende a ambos actores.

Por la reparación, de algún modo el objeto recupera la vida, esa que en su fantasía el sujeto contribuyó a que no tenga.

Pero reparación no es borramiento o desaparición del pasado y la pena es aquí el equivalente del principio de realidad: es el reconocimiento de que no hay reparación que borre el daño y que esto no se debe a una especial maldad del objeto ni a una impotencia del sujeto. Es este monto de daño que se conserva siquiera como recuerdo a la vez que se lo supera lo que hace la cicatriz, la marca de la experiencia, los mojones de un itinerario que enseña sobre el sujeto, sobre el objeto, sobre lo real.

La reparación

La reparación es una equívoca tarea que conoce variantes en las que se desdibuja y se pierde. Una, la simple y llana negación. “¿Daño?, ¿qué daño?, ¿a quién? Se hizo lo que era pertinente hacer tratándose de...”. Negada la dignidad del objeto, éste sólo ha recibido su merecido. Otra, el más o menos prolijo remiendo que limpia las tazas del daño. Para reponer cuanto antes al objeto en la línea de servicio, para que siga sirviendo.

Otra reparación es ante todo *des-agravio* y llega por el re-cuento del cuento. ¿Cuál agravio, cuál cuento?

El enfermo cuenta, cuenta las “razones” que explican la sinrazón de sus acusaciones al objeto y que buscan la solidaridad hacia su queja: que no recibió lo que el objeto tenía y se guardó, o que no tenía pero debía haber tenido.

En este cuento hay una tesis central, la de que el objeto es más que nada, *obstáculo*. Y la posición esquizo paranoide se hace la interminable tarea de demostración de la justeza de esta tesis.

La reparación, el des-agravio, parte de asumir cómo el mismo sujeto ha participado de este cuento como organizador de su ocurrencia, que ella le pertenece, al modo como le pertenece el sueño: mostrado como *ya-realizados* sus deseos.

La reparación ocurre en el sujeto y en el objeto y en la historia contada de la relación entre ambos y con el tercero. Propiamente hablando, es ahora, al salir del *molde* que crea el petrificado sistema de confirmaciones propio de la identificación proyectiva,⁽¹⁹⁾ recién ahora que hay una historia, con un pasado –al que se refiere la culpa–, un presente –de pena– y un futuro de reparación y espera, de esperanza. Koolhaas señaló que es así y en este punto que se abren los éxtasis del tiempo.⁽¹³⁾

La gratitud puede ser ahora la atmósfera, el que el objeto es reconocido como quien entregó al sujeto sus bienes gratuitamente –es que ellos son dones– sin tener una razón que lo obligue a ello, sin ser el sujeto el merecedor de ellos más que por razón del azar, lo que hace presente la contingencia a una nueva luz.

El proceso interno de la posición esquizo paranoide lleva a la conformación del objeto malo –por perseguidor o por denigrado– como *cura* a la angustia.

El objeto es malo y el sujeto, como corresponde, se queja por ello, manifestando con su queja su lamento porque no es bueno y hasta su exigencia de que lo sea. El proceso interno de la posición depresiva lleva a la relación buena con el objeto cuya bondad se vuelve *visible*, es decir, afirmada por el sujeto por el reconocimiento, el uso que hace de ellas y el crédito que da a esas bondades y a los límites de las mismas (en lugar de ser atacadas envidiosamente).

Un reconocimiento que no se da como mero conocimiento, sino *en acto*, por el *uso* que hace el sujeto de esas bondades, uso que es el testimonio de las mismas. Después de todo, lo que más le gusta al pecho es ser chupado; que para eso está, y lo que más quiere es que la leche que entrega sea alimento que fecunda y nutre. Por lo que el despliegue de las propias bondades del sujeto se vuelve el testimonio de las bondades recibidas. Testimonio en acto, en acto de reparación.

Deudo, deudor

Del sujeto deudo al sujeto deudor. Se dice que del duelo supone deudos, lo que equivale a deudores, que deben saldar la cuenta que tienen pendiente con el muerto, pagar la pena que han merecido. Como si se reconociera en la muerte la realización de los vanos y complejos deseos que nutrieron la relación con el muerto y no es en vano –sino reconociendo este hecho– que se dice al deudo, como consuelo, en son de disculparlo, que él hizo todo lo posible por el muerto. Por ello es que la muerte no es un hecho natural, sino uno en el que sus deudos se sienten involucrados a través de reconocerse a-

penados por la muerte y ello implica cierta conciencia (fantasía) acerca de una velada complicidad con todo lo que en la vida mortificó al muerto, con lo no vivido o con la vida que no le dejaron vivir. El origen de esta culpa es el propio amor hacia el muerto, que hace que el deudo se dirija reproches por haber tenido *también* sentimientos y deseos hostiles hacia objeto perdido, pero no solo a la vez que sentimiento amorosos, sino que en su amor estaba implicado lo que ahora aprecia como hostil para el objeto.

Ese dolor resultante requiere ser mitigado y el duelo es precisamente el nombre de los variados intentos de re-conocer y des-conocer cierta culpa y cierta pena y por eludirlas o por buscar una mitigación por la reparación.

La muerte entonces inculpa y con la culpa adviene la posibilidad de revisar el pasado. Así es que el presente de pena se ve acompañado de un pasado de culpa y abre a un futuro de esperanza, de diferencia. En ciertos casos el proceso se cristaliza y la autoinculpación pasa a ser el signo distintivo del melancólico, ejemplo de lo que podemos considerar como una de las varias formas patológicas de realización del trabajo del duelo

El doliente pasa a encarnar, usándolas, esas continuidades por los dones, y de esa forma encarna una sobrevivencia del muerto que se confunde con la vida del propio sujeto. De este modo también, a la vez que ambos “mejoran”, el sujeto se abre al futuro en cuanto lo visualiza como posibilidad de reparar, de rectificar el pasado de queja e inculpación.

La pena es una alegría, contradiciendo su apariencia. Es la alegría de la reconciliación con el objeto, del reconocimiento de su valer, de compartir la pena del propio objeto por el daño o muerte sufrida. Habla de una solidaridad, de un acompañamiento y si bien el objeto ha sufrido un gran daño, el sujeto siente como propio ese daño y a la vez, se identifica con el dañante. Y es también a la vez dolor por lo perdido y disposición para que no se pierda.

El duelo es considerado como un trabajo, es decir, una obra (lo que supone esfuerzo y de allí, penuria, pena, algo penoso a lo que se está condenado, como el esclavo al trabajo) o faena que requiere el concurso del sujeto y que no se lleva a cabo “natural” o espontáneamente. Lo cual significa que podemos rehusarle a ese concurso en mayor o menor medida y que ese trabajo, por eso mismo, puede no alcanzar plenamente su objetivo.

Pero ¿qué se puede oponer a ese trabajo del duelo? Pues lo mismo que traba el despliegue de una relación menos conflictiva con la alteridad, lo que es decir, con la propia contingencia y finitud.

Un duelo es muchos duelos

A la luz de lo expuesto, ¿qué duelo es el “duelo normal”? Habría que responder que es el duelo en el cual ocurre el proceso que lleva de las formas esquizo paranoides del duelo a las propias de la posición depresiva, proceso que supone una modificación tanto del objeto como del sujeto. Y habría que decir, siguiendo en esto a Allouch⁽²⁾ que el duelo de que habla Freud tiene bien poco de duelo y que su fin adaptativo mas bien lo acercaría a esa forma de negación del duelo representada por lo que en este trabajo se caracterizó como la actitud objetivante.

Las relaciones esquizo paranoides tiñen la vida cotidiana y ellas representarían la forma “espontánea” de significar la pérdida de un objeto parcial querido. Pero las pérdidas hacen estallar lo parcial de la relación, traen una intrusión de lo escindido: el ser para sí del objeto que fue desconocido y no consentido por el sujeto.

En la medida en que estos momentos de integración son sostenidos (lo que tiene como base una cierta *toma de posición* de parte del sujeto), se afirma la posición depresiva, es decir, la evidencia (tomar conciencia) de las escisiones en el objeto y en el sujeto. No es el contenido de estas incipientes nuevas relaciones de objeto lo que las hace diferentes a lo que era la posición esquizo paranoide, lo diferente es que el sujeto permanece permeable a las revisiones y los cuestionamientos de si mismo a que lo invitan las nuevas evidencias.

El proceso de duelo no es una experiencia homogénea ni tiene un curso único y predeterminado. Más bien cada duelo incluye una variedad de duelos y su forma resulta tener una notable incoherencia. Ello supone que en el proceso del duelo se suceden –o están presentes a la vez– diversas modalidades de duelo y esta pluralidad es el sostén de la posibilidad de elaboración, la posibilidad de realización de un *trabajo de duelo*.

Pero el proceso puede llevar también hacia otra meta posible, la cristalización de la relación, el reafirmarse en la escisión que pone a-parte aquellas evidencias que invitaban al sujeto a ponerse en cuestión a si mismo.

Bibliografía

1. ACEVEDO de MENDILAHARSU S. “Estados de ánimo depresivos”. Rev. Relaciones, 191; 1998; pp 7-9.
2. ALLOUCH J. Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca. Buenos Aires, Edelp, 1996.
3. ARIES Ph. El hombre ante la muerte. Madrid, Taurus, 1983.
4. BOWLBYJ. “Process of mourning”, Int. J: Psycho-Anal. 1961, 42, pp 408-423.
5. COROMINAS J. Diccionario etimológico de la lengua castellana. Madrid, Ed. Gredos, 1973.
6. HINSHELWOOD RD. Diccionario del pensamiento kleiniano. Buenos Aires, Ed. Amorrortu, 1992.
7. DSM-III-R. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales. Barcelona, Masson, 1988.
8. ENYCLOPÉDIE ALPHABÉTIQUE LAROUSSE. París, 1977.
9. FREUD S. “Duelo y Melancolía”. En Sigmund Freud, Obras Completas, tomo VI. Madrid, Bibl. Nueva.
10. KLEIN M. “Una contribución a la psicogénesis de los estados maníaco depresivos”. En “Contribuciones al psicoanálisis”, Buenos Aires, Edic, Hormé, 1964.
11. _____ “El duelo y su relación con los estados maníaco depresivos”. En “Contribuciones al psicoanálisis”, Buenos Aires, Edic. Hormé, 1064.
12. _____ “Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé”. En “Desarrollos en psicoanálisis”, Buenos Aires, Edic Hormé, 1967.
13. KOOLHAAS G. “Melancolía no es depresión”. Rev. de Psicoanálisis.
14. LAPLANCHE J, PONTALIS JB. Vocabulaire de la Psychanalyse. Paris, PUF, 1973.
15. PACIUK S. “Actuar, hablar, identificar”. Rev. Urug. de Psicoan. N° 56, 1977, pp 51-89.

16. _____ “De melancolía a posición depresiva”. Rev. Imago, N° 19. 1990, pp 63-78.
17. _____ “El tiempo congelado del muerto-vivo”. Rev. Relaciones, N° 5, 1984, pp 20-21.
18. _____ “Psicosis y transferencia”. En “Psicosis de transferencia”. Saúl Paciuk comp., Montevideo, Ed. Roca Viva, 1996.
19. RYCROFT Ch. Dicionário Crítico de Psicanálise. Río de Janeiro, Imago Editora, 1975.